



Editorial Xplora 2014

Páginas: 272 pg.

Dimensiones: 15x22 cm

ISBN. 978-84-15797-20-3

Disponible en ebook y papel

en librerías y en :

editorialxplora.com/tienda

EDITORIAL XPLOA

Lee viajando. Viaja leyendo

www.editorialxplora.com

info@editorialxplora.com

XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.

Prólogo

Marruecos se independizó de Francia en 1956 y su primer rey fue Mohamed V (1909–1961). Se le considera el padre de la nación moderna y en cada rincón del país hay una calle o una plaza con su nombre. En la capital, Rabat, tiene dedicada la avenida principal, donde se concentran las sedes de los principales bancos y de Maroc Telecom, la oficina central de correos, la estación de trenes, el popular Hotel Balima y el Parlamento.

Es justo en el tramo que va del Hotel Balima al Parlamento donde concluyen las manifestaciones más importantes, como las de imanes vestidos con chilaba blanca, babuchas puntiagudas, *taqiya* en la cabeza y Corán en mano. El islam es religión de estado y su sueldo proviene del gobierno, de manera que de vez en cuando tienen que salir a la calle para reivindicar mejoras salariales y pensiones dignas.

El nieto de Mohamed V, Mohamed VI, preside actualmente Marruecos. Es un hombre que está por encima de todo: controla el poder político, el militar y lo que predicán los imanes en las mezquitas. Así consigue ser intocable y ser considerado la autoridad religiosa «suprema».

Paseando por la avenida que honra a su abuelo descubro en un edificio de oficinas un buzón con el logotipo de Amnistía Internacional. Antes de empezar el viaje, les pregunté si me podían ayudar en mi búsqueda y fueron incapaces de darme pista alguna.

Así que, enfrente de su sede en Marruecos, no lo dudo: ¿por qué no subir y pedir ayuda a una de las organizaciones que combate con más convicción la homofobia en el mundo?

Una escalera de caracol me conduce a sus oficinas. Llamo al timbre mientras una cámara de seguridad me graba. No debo de parecer peligroso, porque la recepcionista, una chica con velo muy diligente, me hace pasar. Me presento y le pregunto con mi francés más refinado si puedo hablar con el responsable del área de diversidad sexual o alguien que se ocupe de «estos temas».

La chica asiente mientras me escucha. No se sorprende, pero tampoco muestra un interés especial. Me invita a sentarme y a esperar. Veo que hace varias llamadas y, al no entenderla, por un momento pienso... ¿estará llamando a la policía?

Pero no, en Amnistía no hacen estas cosas, ¿verdad?

La chica se comunica con el máximo responsable de la delegación, un hombre cordial que me recibe, me da la mano y me invita a entrar a su despacho. Tiene la mesa llena de chismes: papeles, carpetas de colores, libros y un ordenador de los que parecen estar permanente encendidos.

Cuando le cuento qué misión me lleva a Marruecos, los músculos de su cara se le contraen.

Trata de disimular su sorpresa pero veo que, mientras habla, otea la puerta para comprobar si la recepcionista, o quien fuere, nos está escuchando.

Al terminar mi monólogo, se me acerca para poder hablar con voz baja.

—Mire —me dice.

Parece sincerarse.

—Nosotros «este tema» no lo tocamos.

¿Cómo? ¡Pero si la lucha contra la discriminación es una de las prioridades de Amnistía Internacional! ¡Si son los más valientes denunciando las agresiones a los derechos humanos que se cometen en todo el mundo!

—Sí, ya sé que en Europa tienen departamentos especializados en «eso». Pero aquí no.

¿Qué? ¿Por qué? ¡Pero si aquí es donde más falta hace! ¡Donde menos se respetan los derechos de estas personas!

—Entiendo que se sorprenda, pero este es el mayor tabú que existe en Marruecos. Nadie quiere que se le relacione con «esto». El mero hecho de no criticarlo ya significaría que...

Pero... ¿Cómo puede ser? Si Amnistía no se atreve, ¿quién lo hará?

—Es que no tenemos margen. La gente se nos echaría encima. Mire, aunque le parezca mentira, en Marruecos hasta se puede criticar al rey. Pero hablar de «eso»... —y coge aire—. Imposible.

Me quedo paralizado y él aprovecha para quitarme de los dedos la tarjeta de visita.

—Si tenemos novedades, ya le llamaremos —añade con un verbo pausado.

Le pregunto si me puede ayudar de alguna forma, por lo menos darme una pista. Llevo unos días en el país y aún no he encontrado a nadie con quien entrevistarme. No es preciso que sea personal de su organización o que se identifique con nombres y apellidos. Lo importante es mantener una conversación informal, que sería de gran ayuda, y... nada. El hombre está absorto observando la tarjeta, como si memorizara para siempre mi nombre y mi cara.

Hasta que sonrío y me da la mano.

—Que sí, que si apareciera alguien... ya le llamaríamos. ¡Muchas gracias! ¡Y adelante!

El hombre jamás se puso en contacto conmigo.

Quién sabe si rompió mi tarjeta rápidamente para eliminar cualquier rastro de nuestra conversación. O si, después de pasar tantos nervios, se tomó una aspirina. O si, simplemente, se secó el sudor de la frente y continuó con su lucha por los derechos humanos en Marruecos.

Escribir estas páginas no fue fácil. Hicieron falta siete meses (septiembre 2011 – abril 2012) de investigación sobre el terreno, llamadas, correos electrónicos, reuniones y citas a ciegas. Hubo evasivas, negativas, vituperios, amenazas... pero también la satisfacción de conocer a personas extraordinarias que me ayudaron en lo que pudieron.

La homofobia está en ascenso en muchos países africanos, pero, en paralelo, hay cada vez más activistas que luchan clandestinamente para poder vivir sin esconderse. Conservan la esperanza de que, de la misma forma que en el siglo pasado se combatió el racismo de estado, en este se consiga la aceptación plena de las personas que huyen de los roles de género habituales.

Ser gay, lesbiana, trans, bisexual o intersexual en África puede significar ir directo a la cárcel; pena de muerte; ser agredido sexualmente, verbalmente; ser

humillado, ridiculizado, expulsado de la familia, amenazado, extorsionado; sufrir chantaje, exclusión y marginación social...

Las personas que forman, a menudo sin ser conscientes, la comunidad LGBT son ahora mismo las más débiles del continente más débil. Son tan vulnerables que nadie se atreve a darles su apoyo, muchas veces ni las ONG internacionales. En cambio, son asediadas diariamente por gobiernos, sociedad civil, Iglesia, familiares, amigos, conocidos, medios de comunicación... La beligerancia es extrema en la escuela, en la calle y en el salón de casa.

Pero también hay motivos para la esperanza.

A principios de 2012, la Unión Africana (UA) estrenó sede en Addis Abeba, Etiopía. Un edificio espléndido de doscientos millones de dólares, gentileza, por cierto, del «generoso» gobierno chino.

La cumbre inaugural reunió a unos cincuenta presidentes y primeros ministros africanos. También asistió el secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, que protagonizó la intervención más controvertida de todas, cuando pidió el fin de una «discriminación consentida por muchos estados e ignorada hasta ahora».

«Hace ya demasiado tiempo que algunos ciudadanos son tratados como si fueran de segunda clase, criminalizados por su forma de ser o de amar», denunció taxativo. «Esto tiene que cambiar. Sé que es un reto, pero el futuro de África depende también de la inversión en derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. Cuando hay personas atacadas, abusadas o encarceladas de manera injusta, no nos podemos quedar de brazos cruzados».

Ojalá que sus palabras sean como las ondas de una piedra lanzada al agua. Mientras que el 60% de los países miembros de la ONU han abolido la legislación que penaliza los actos sexuales consentidos entre adultos del mismo sexo, África es el continente donde persisten las leyes más represivas.

La homosexualidad es ilegal en 38 de los 54 países con el argumento de que se trata de una perversión importada de Occidente. Toda una contradicción en un continente que tradicionalmente fue tolerante con las identidades de género, como lo demuestran múltiples evidencias históricas. Son estas leyes retrógradas las que son una rémora colonial.

Hay quien por suerte ha dado un paso adelante. Sudáfrica se convirtió en 2006 en el quinto país del mundo en reconocer el matrimonio igualitario. Su gente tenía demasiadas cosas que perder después de años de un ignominioso racismo institucionalizado.

«El odio a los gais es el mismo que alimentó el apartheid», denunció el arzobispo anglicano Desmond Tutu, premio Nobel de la Paz.

Por desgracia, Sudáfrica se quedó sola modernizando su legislación y, además, uno de los que en su momento se opuso más ferozmente al cambio fue Jacob Zuma, el presidente actual.

Mientras que algunos temen que la primera potencia económica del continente dé marcha atrás, la discriminación sigue latente y las «violaciones correctivas» a lesbianas sudafricanas se han convertido en una tragedia de magnitud incalculable. Todas las semanas se registran en Ciudad del Cabo diez nuevos casos, sobre todo en barrios humildes y *townships*. La razón principal es que solo uno de cada veinticinco violadores acaba siendo condenado: aún sigue siendo difícil encontrar un abogado, un médico o un testigo que quieran testificar en un juicio.

Un estudio reciente publicado en la revista médica británica *The Lancet* revela que una de cada siete nuevas transmisiones del VIH a mujeres jóvenes sudafricanas es consecuencia de una agresión sexual.

¿África va, pues, marcha atrás en materia de derechos humanos? ¿Es realmente el peor sitio del mundo donde pueden nacer las personas no heterosexuales? ¿Qué implica que tantos africanos lleven una doble vida y no puedan hablar con confianza ni siquiera en un centro sanitario o en la intimidad?

La región subsahariana sigue siendo la más afectada por el VIH: es donde en 2012 se produjeron el 70% de nuevas infecciones y el 75% de las muertes por sida a nivel mundial. ¿Están relacionadas la negación de la diversidad sexual y la expansión del virus?

¿Por qué las relaciones sexuales HSH –de hombres con hombres independientemente de cómo se identifiquen– se han ignorado una y otra vez en las estrategias para combatir el VIH en África? ¿Por qué han sido tan invisibles a los ojos de tantos investigadores? ¿Por qué todavía hoy tantas ONG y gobiernos miran hacia otro lado? ¿Por qué, en cambio, el integrismo

religioso norteamericano financia con fervor la expansión de sus iglesias evangélicas en África que ayudan a extender la idea de que se trata de una perversión occidental?

Aquí encontraréis las respuestas de quince personas valientes que han tenido pocas ocasiones de explicarse o que, en algunos casos, lo hacen por primera vez. Ellos son los puntos que unen este viaje que cruza el continente de norte a sur desde El Cairo (Egipto) a Ciudad del Cabo (Sudáfrica).

Os hablarán quienes son considerados la vergüenza de su país. Said vive en Marruecos amenazado de muerte por su propio padre. Guirane, un adolescente senegalés, sufrió palizas y violaciones de la misma policía. Hay almas cándidas, como la de Gloria, que viven recluidas, sin atreverse a salir a la calle, con miedo a todo.

Pero en estas páginas también hay alegría, la de las trans del barrio de pescadores de Mindelo, en Cabo Verde, y se respira la libertad de los cabarés argelinos de música *rai*. Porque esto va de amor, desamor, sexo, amistad, confianza, familia... los ingredientes que alimentan la mayoría de libros y películas. La diferencia es que aquí nada está inventado. Todo es espantosamente sincero, también las historias más infaustas, amargas e imposibles de asumir.

Es el momento de escuchar la voz de una camarera, un informático, una abogada, un trabajador sexual y un imán. Africanas y africanos que ya no quieren más muertes como la del activista ugandés David Kato (1964–2011), que fue asesinado en su casa tres meses después de que un periódico local le señalara como gay. Ni siquiera pudo ser enterrado en paz.

Es por este motivo que aquí no hay espacio ni para racistas ni para integristas ni para represores. La homofobia, la bifobia y la transfobia son un monólogo, no hay diálogo. Es imposible profundizar en sus argumentos.

Esto va para las personas que han creído en el proyecto y me han apoyado en algún momento de estos tres años de trabajo. En especial para aquellas y aquellos de quien ni siquiera puedo pronunciar su nombre porque estarían arriesgando su vida y la de sus familias.

Gracias.

Barcelona, 1 de marzo de 2014